

## ¿Economía o economía política?<sup>1</sup>

1º “Se ha dicho que la Democracia es la peor forma de Gobierno con excepción de todas las otras formas que han sido ensayadas de tiempo en tiempo.” La frase es de Churchill.

El ideal democrático es una concepción muy compleja; pero el desarrollo de la civilización ha sido correlativo con el fortalecimiento de los valores de la libertad y de su expresión a través de la organización democrática.

Existen poderosas opiniones aberrantes y casos concretos de organización que han pretendido justificar sistemas políticos opuestos a la democracia, generalmente inspirados por el temor a la confrontación de opiniones o por la falta de fe en la capacidad del hombre común de entender sus problemas y darles solución adecuada.

La perspectiva histórica, sin embargo, parece indicar, que sin democracia no hay libertad y que sin libertad la civilización corre serios peligros. El orden social impuesto no constituye, a la larga, un apoyo tan fructífero al progreso como el orden que deriva de una cohesión social, y que resulta de una discusión amplia de los fines y medios propuestos, del análisis cuidadoso de los problemas que surgen y del ajuste entre las distintas aspiraciones, expectativas y propósitos de los diversos sectores de una comunidad.

2º La experiencia de los países democráticos durante las últimas décadas señala el surgimiento de problemas sociales y económicos que a partir de la gran depresión económica mundial de los años 30, han tenido tendencia a hacerse más agudos, con períodos alternativos de mayor o menor presión.

3º El problema más importante para las ciencias sociales parece ser, en consecuencia, proponer medidas concretas y operacionales, destinadas a apuntalar las instituciones democráticas. Es necesario adecuar la organización democrática, para hacer frente a los problemas derivados del surgir de expectativas y aspiraciones; éstas han sido estimuladas tanto por la ampliación de los medios de infor-

<sup>1</sup>Conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile.

mación y comunicación, como por la aceleración de los progresos tecnológicos, que parecen ofrecer posibilidades cada vez mayores de satisfacer tales expectativas o exigencias.

4º Es en este contexto que uno debe preguntarse con crudeza, si los estudios económicos están orientados en forma adecuada para colaborar en forma práctica en esta tarea impostergradable.

He sido insistente, a través de los años, en plantear este interrogante; parece que el tema sigue siendo de urgente actualidad.

En 1967 tuve oportunidad de analizar la materia, y expresé que la orientación predominante en los estudios económicos tiende a colocarlos casi al margen de las ciencias humanistas, en su esfuerzo por asimilarlos a las ciencias naturales. El hecho es una consecuencia directa del remplazo de lo que se llamó, correctamente a mi juicio, "economía política", por la nueva economía a secas; y tan a secas que cabe cavilar si no tiende a un preciosismo esterilizante. El cambio en la denominación no es un hecho banal: refleja un profundo cambio de actitud.

El desinterés relativo por los aspectos institucionales y de organización en los estudios económicos contemporáneos es un hecho inquietante. Se corre el riesgo de una falta de contacto con los problemas sociales más urgentes, todos los cuales me parecen, básicamente, problemas de arreglos institucionales.

Esta preocupación por la orientación y metodología del análisis económico se ha ido acentuando, simultáneamente con la exageración matemática y simplificadora de los modelos teóricos, que se acumulan con gran rapidez.

He tratado de adaptarme al siguiente principio que me parece básico: sobre cualquier materia o tema que se analiza, siempre se encuentra alguien que sabe más que uno. Este principio, a mi juicio, justifica las citas y no el deseo de aparentar erudición o conocimiento de la literatura.

Recordaré algunas opiniones que considero importantes.

En 1968 Myrdal publicó su "Investigación sobre la pobreza de las naciones". Su preámbulo metodológico es de gran importancia.

"Tenemos la esperanza que la economía se oriente gradualmente, expresa Myrdal, a remodelar nuestra estructura de teorías y conceptos en la dirección que he caracterizado como institucional."

"Nuestro principal argumento, agrega, es que si bien en el mundo desarrollado un análisis en términos económicos —mercados y precios, ocupación y desempleo, consumo y ahorro, inversión y producto— que hace abstracción de las formas y niveles de vida y de las actitudes, instituciones y cultura, tal vez pueda tener

sentido y permitir deducciones válidas, un procedimiento análogo no puede justificarse en los países subdesarrollados."

Nadie que pondere objetivamente las reflexiones de Myrdal, derivadas de su experiencia en estos problemas, podrá pasar por alto su pesimismo con respecto a los resultados logrados, después de tantos esfuerzos en favor del desarrollo, y su profunda crítica a la metodología aplicada en la elaboración de modelos que pretenden interpretar el fenómeno del subdesarrollo y la forma de superarlo.

El problema del desarrollo exige introducir cambios en la estructura social e institucional, ya que ésta con frecuencia no sólo inhibe el desarrollo económico, sino que no se modifica espontáneamente, o lo hace en muy escasa medida, en respuesta a políticas circunscritas a la esfera económica.

La preocupación por la orientación y metodología del análisis no se limita a los problemas del subdesarrollo. Igual preocupación manifiestan personas calificadas, en los países desarrollados.

La discusión originada en 1968 por Postan con su artículo "Una plaga de economistas", es representativa.

Postan se pregunta:

El contenido de la economía moderna, las ideas con que operan los economistas, ¿tienen conexión con los problemas de nuestro tiempo, como cree el público?

Su respuesta es negativa. Es posible, expresa, que el mayor refinamiento de las construcciones teóricas y de los métodos econométricos y estadísticos, los haya hecho perder contacto con la realidad.

La preocupación de los economistas por los conceptos globales o por datos a nivel nacional, los ha hecho descuidar los problemas más detallados y más concretos de las empresas o personas en la economía moderna. Los problemas se discuten como si afectaran, en igual medida, a todos y cada uno de los sectores de la economía. No es extraño, en consecuencia, que las recomendaciones aplicadas han dejado de resolver problemas específicos que, a veces, son los más serios.

Son obvias las insuficiencias, la falta de conexión con lo real, y lo imprevisto de los efectos de las recomendaciones económicas que se preocupan sólo de lo general y lo global y que resultan por lo tanto indiferentes a lo específico, lo local, lo técnico y lo humano de los problemas económicos.

La excesiva concentración en los problemas globales ha hecho descuidar el interés por los distintos componentes de una economía y de los correspondientes problemas estructurales e institucionales.

Eric Roll, reconocida autoridad como historiador del pensamiento económico y Presidente actual de uno de los bancos importantes de Londres, en un ensayo muy reciente que titula, significativamente, "¿Tiene futuro la teoría económica?", se pregunta: (Encounter, julio 1978).

Primero: dónde está hoy la ciencia económica en comparación con 50 años atrás y segundo; cuál es la situación de la ciencia económica si uno alarga la perspectiva histórica y mira hacia atrás, particularmente hacia la época de la publicación de la "Riqueza de las naciones" de A. Smith.

Roll comenta: "El desarrollo del análisis moderno, con todo su conjunto de teoremas, efectos, funciones, matrices, etc., ¿ha significado progreso? ¿Ha ampliado y refinado nuestra comprensión del proceso y creación y distribución de la riqueza? ¿Ha mejorado los medios para ordenar mejor los arreglos humanos en estos aspectos?" Roll se apresura a declarar que estos objetivos constituyen, a su juicio, la principal justificación de la teoría económica.

Los grandes problemas actuales, responde Roll, son los mismos que conocimos en el pasado cercano: el desempleo, el bajo crecimiento, el desarrollo inadecuado o al menos desequilibrado, la inflación, el desequilibrio masivo de pagos, la inestabilidad de los tipos de cambio, etc. Pero los consejos de los médicos economistas parecen tan confusos e inefectivos como siempre.

¿Y qué podemos decir de la ciencia económica actual en relación con la obra de Smith?

Pensemos, dice, en los mercantilistas, los fisiócratas, Smith, Ricardo y los clásicos post-Ricardianos, Stuart Mill y Marshall; detectamos en sus argumentos una gran relación con los problemas sociales de su época. En cambio, encuentro muy poco, en verdad, en la literatura de la teoría económica pura actual que parezca tener mucha relevancia con los grandes problemas económicos contemporáneos; los economistas que se han preocupado de ellos no lo han hecho en su carácter de economistas.

"La capacidad del análisis económico de aportar una contribución valiosa a los interrogantes de la política económica, en relación con los problemas más inmediatos, parece muy restringida. Existe en las recomendaciones actuales una tendencia a supuestos muy amplios, con claro sabor socio-político, con tendencia frecuente hacia los extremos: la planificación colectivista o el juego irrestricto de las fuerzas del mercado."

Finaliza Roll: "La utilidad práctica de algunos de los resultados del trabajo analítico es aún muy limitada, además, es aún muy

dudoso que pueda crearse una ciencia de la política económica totalmente libre de juicios de valor."

La abstracción de los modelos teóricos, que resulta inevitable para contener los supuestos dentro de expresiones cuantitativas, agregada a la inexactitud de las mediciones económicas, hace difícil pasar de la teoría al análisis de la realidad, y se impone la tendencia a desconocer u olvidar la importancia de los problemas prácticos.

El siguiente ejemplo es típico: H. G. Johnson, de gran influencia en los años anteriores a su muerte, se propone analizar los efectos de una redistribución del ingreso sobre el consumo y la actividad económica global ("Economía de la redistribución y la política social" Ed. por A. T. Peacock); explica en los siguientes términos la justificación de su modelo:

"Para hacer manejable el problema, es necesario introducir un número de supuestos simplificadores: en primer lugar, asumimos que todos los precios y tasas de interés son constantes, que los cambios de activo de los miembros de la comunidad que resultan del ahorro o desarrollo pueden ignorarse, en forma que el consumo global de la comunidad dependerá sólo del nivel del ingreso global y de su distribución entre individuos. Segundo, consideraremos sólo redistribuciones de un monto definido de ingreso de un individuo a otro; supondremos que tales redistribuciones son suficientemente pequeñas como para no provocar cambios en las posiciones relativas dentro de la escala de ingresos de los respectivos individuos, lo cual permitirá considerar aproximadamente constantes ciertas relaciones, especialmente las propenciones marginales al consumo y los multiplicadores de interdependencia. Tercero, ignoraremos las repercusiones de la redistribución del ingreso en el volumen de la inversión. Cuarto, consideraremos la producción de bienes y servicios como una industria homogénea. Quinto, el análisis será estático. Esto es, se preocupará de los efectos de la redistribución del ingreso sobre el nivel de equilibrio de la actividad global, y no con el proceso en el tiempo por el cual se manifiestan los efectos de la redistribución del ingreso... Finalmente, se asume una economía cerrada y consideraremos como medida de la actividad económica global el ingreso nacional bruto a precios de mercado; estos supuestos; y la exclusión de los efectos de la inversión, nos permitirá identificar los efectos de una redistribución sobre la actividad global, con su efecto en el gasto en consumo global y conducir al análisis en términos de este último."

Es lógico que después de estas explicaciones uno prefiera olvidarse del problema.

La subjetividad y la imprecisión, igualmente inevitable, de la expresión cuantitativa de los conceptos más usuales, nos induce —como otra forma de abstracción— a olvidarnos de la realidad que esconden las cifras.

Conceptos tan esenciales para el análisis como los eficiencia, necesidad de los consumidores, producto nacional, bienestar económico, índice del costo de la vida, son en gran medida subjetivos, y su interpretación, como queda demostrado a diario, está sujeta a la escala de valores o al criterio de prioridades del observador que las analiza.

En este ambiente no es necesario insistir en el tema. Recordemos, sin embargo, el caso del índice del costo de la vida. Una vez que se lo define y se lo calcula, y nadie duda que se hace lo mejor posible, nos olvidamos que la medida no sirve para apreciar los cambios en el ingreso real de un consumidor que destina el 70% o más de su remuneración al rubro "alimentación".

Pero, no es solamente el economista el que debe utilizar medidas relativas. Para el hombre práctico el balance constituye la expresión máxima de la precisión en la interpretación de la "realidad" de una empresa; para el entendido, es una de las más subjetivas de las mediciones económicas. Posiblemente sólo el contador de la empresa sabe lo que ha medido. La Dirección General de Impuestos Internos cree que sabe.

El concepto de equilibrio, tomado de la mecánica, y tan fundamental para la construcción de modelos teóricos, implica el juicio valorativo de que se ha logrado el estado perfecto; para algunos economistas y para otros no, el "equilibrio" financiero es un fin en sí y perfectamente compatible con altos niveles de desocupación.

¿Y qué sustentación objetiva tiene el impuesto progresivo a la renta?

Recordemos, por último, a este respecto, los esfuerzos de Pigou por dar sustentación teórica a la "economía del bienestar". Su obra está repleta de recomendaciones del más alto valor. Sin embargo, las grandes complejidades teóricas surgidas alrededor de los planteamientos de Pigou, al ser analizados bajo la técnica desarrollada por la economía positiva o moderna, llevaron a la desesperación, y a la conclusión de que resulta muy difícil esperar que la "economía del bienestar" aporte mucho más al análisis económico que el simple sentido común. Al desalentar estos estudios, posiblemente con razón desde el punto de vista de las exigencias metodológicas de la economía positiva, se ha descuidado, al mismo tiempo, la preocupación por el problema planteado por Pigou de cómo aumentar el bienestar de los grupos de bajos ingresos.

Lo que ha quedado como contribución permanente de la "econo-

mía del bienestar” es la importancia de la distinción entre la valoración social y la privada de las actividades económicas: distinción que, en la actualidad, se mantiene con el nombre de “efectos externos” o “economías o deseconomías” de la producción y el consumo. ¿Y qué son estos efectos si nó juicios valorativos?

No resisto la tentación de recordarles la afirmación de Boulding, en su apreciación crítica de los logros de la “economía del bienestar”: (Survey of Contemporary Economics Vol. II pág. 3, 1952).

“La economía no se interesa primariamente en el hombre, sino en los bienes —en aquellas cosas, materiales o inmateriales, que se producen, se distribuyen, se intercambian y se consumen— más bien que en los productores, distribuidores, comerciantes y consumidores como personas.”

“El análisis económico es una especie de astronomía del Universo Económico, que analiza la determinación mutua de la posición y magnitud de las distintas cantidades económicas. En realidad, los métodos de las dos ciencias son asombrosamente similares.”

Esta afirmación me parece el paradigma de lo absurdo. Es una posición inconveniente, negativa, paralizadora. ¿Cómo es posible tanta estulticia?

¿Puede el análisis económico continuar excluyendo en apariencia los juicios de valor, y en su afán de pretender mayor precisión científica que la permitida por la simplificación inevitable de sus supuestos y la subjetividad de sus datos, limitar en gran medida sus posibilidades de aplicación práctica a la solución de los problemas económicos más trascendentales?

Tal vez sería oportuno, para que la teoría económica acentúe sus posibilidades operacionales y mantenga su posición de avance relativo sobre las ciencias sociales, reconocer abiertamente que las teorías y modelos implican juicios de valor.

Insistir, como pretende la economía moderna, que las ciencias sociales “positivas” deben desarrollarse estrictamente al margen de los “juicios de valor” y que el análisis no permite recomendaciones de acción, parece una posición poco realista o innecesaria. La mayoría de las generalizaciones que resultan del análisis económico se originan, en el hecho, en una mezcla muy sutil de generalizaciones, basados en datos de observación e intuiciones, que no son otra cosa que juicios de valor, en proporciones que resulta muy difícil detectar. (Propensiones).

Parece importante reconocer las ventajas de incorporar los juicios de valor como algo normal en el análisis económico. Hay que

hacer el esfuerzo de acompañar los modelos o construcciones teóricas con la más clara explicación posible de los juicios valorativos que los sustentan. Si hay que elegir entre las alternativas para lograr un fin predeterminado, será necesario apreciar no sólo las consecuencias económicas de los medios o arreglos institucionales que se eligen o aconsejan, sino incorporar al análisis la posible incidencia de tales decisiones sobre otros aspectos de la comunidad que puedan ser afectados. El fin en sí debe ser, igualmente, sometido a análisis crítico para asegurarnos que no sea incompatible con otros propósitos o intenciones y apreciar si fortalece o debilita la armonía social.

Será necesario observar, en forma continua, la reacción frente a las medidas o arreglos institucionales adoptados y examinar con método si se cumplen o no los fines económicos propuestos; si las expectativas se confirman; si han dado origen a fenómenos imprevistos; si su incidencia en aspectos sociales distintos del económico deben ser corregidos para readecuarlos a otros fines que se consideran igualmente importantes.

La estructura social es demasiado compleja para que se pretenda anticipar, ni siquiera con relativa precisión, el resultado económico o social de la aplicación de decisiones económicas, por muy profundamente que hayan sido ponderadas.

Esto vale tanto para los resultados de las decisiones que adoptan los Gobiernos o sus instituciones, como para los efectos que se originan en la multiplicidad de las decisiones individuales o de las empresas. A pesar de la aparente poca trascendencia de las decisiones individuales o empresariales, por su efecto circunscrito a límites de poco horizonte, el efecto acumulativo, de tales acciones a largo plazo, son difícilmente cuantificables con mediana seguridad y sus efectos sociales resultan en gran medida imprevisibles; o pueden serlo sólo con enorme dificultad. Basta recordar la urgencia actual de los problemas ambientales, —entre los cuales debe destacarse, con prioridad marcada, la vigencia de las poblaciones marginales, hecho vergonzoso para toda sociedad— y que han resultado de decisiones irreflexivas del pasado, tanto de responsabilidad de los poderes políticos como de la operación normal de la economía privada.

El problema de los juicios valorativos ha dado origen, a controversias interminables en otros campos de las ciencias sociales. La posición actual, si puedo considerar a Dahrendorf como representativo, es la de exigir a los investigadores una declaración muy explícita de su esquema particular de valores, y la de recomendarles que no participen en forma activa en la aplicación de medidas destinadas a lograr fines que el mismo sociólogo ha determinado; pero, se le permite, sin embargo, la utilización de sus conocimientos para



sugerir caminos posibles en el logro de fines que hayan sido formulados por otros.

Se cumpliría con una metodología científica si el economista se preocupara de promover los fines fijados por el sociólogo y el sociólogo de promover los fines definidos por el economista. Esto no es broma, aunque lo parezca. (*Essays in the Theory of Society*, Pág. 15).

Me parece que la fundamentación más seria de la posición que asigna a las ciencias sociales, como objetivo básico, la preocupación por solucionar los problemas que, inevitablemente, surjan de toda estructuración social, está en los planteamientos filosóficos de Karl Popper. Popper es, en la actualidad, uno de los filósofos más influyentes, especialmente en los países de habla inglesa. Su contribución al esclarecimiento de los fundamentos del conocimiento científico y su aporte a la metodología de las ciencias sociales se consideran de enorme importancia. Su crítica filosófica al marxismo es una de las más profundas que se conocen.

Recordemos, en forma muy simplificada y somera, su posición a las soluciones globales, que califica de utópicas, y su justificación del "método de los casos concretos."

"Deseo, dice Popper, insinuar otro método para la ingeniería social, que llamaré la "ingeniería de los casos concretos". Es un método que considero metodológicamente sólido. Al adoptar este método se puede o no tener en la mente un esquema de la sociedad; se podrá o no tener la esperanza que la humanidad, algún día, logre algún estado ideal y alcance la felicidad y la perfección en la tierra. Pero sí se estará consciente que la perfección, si es posible lograrla, está muy distante y que cada generación humana y por lo tanto igualmente la actual, tiene sus derechos; talvez no tanto el derecho a la felicidad, por cuanto no hay medios institucionales para hacer feliz al hombre, pero si el derecho a que no le hagan infeliz, cuando ello pueda evitarse."

La Ingeniería de los casos concretos adoptará, por lo tanto, el método de identificar y combatir los mayores y más urgentes males de la sociedad, más bien que diseñar y combatir por condiciones perfectas. (*Open Society*, Tomo 2, Pág. 157/8).

La acción contra la miseria debe constituir un fin reconocido de la política pública, en tanto que el problema de la felicidad personal debe dejarse a la acción individual.

Recordemos, finalmente, otro de sus conceptos, en relación con las ciencias sociales.

“Los problemas característicos de las ciencias sociales surgen sólo de nuestro deseo de conocer las “consecuencias no-intencionadas” y más en especial, las “consecuencias indeseadas” que surgen si hacemos ciertas cosas. Deseamos prever no sólo las consecuencias directas sino, igualmente, las consecuencias indirectas no deseadas.”

Esta función de las ciencias sociales las asimila en su método a las ciencias naturales.

Es de crucial importancia aprender a través de nuestros errores: en la ciencia, en las ciencias sociales y en el gobierno.

Aprender con nuestros errores implica como método el coraje de la experimentación. En el campo social, la experimentación que corresponde no es la propiciada por fórmulas “utópicas” que envuelvan a la sociedad como conjunto, sino la modificación de las instituciones una a una; ya que sólo así podremos aprender a adecuar cada institución a la estructura de otras y ajustarlas para que, en conjunto, operen de acuerdo a nuestras intenciones.

El método del racionalismo crítico no nos da descanso. No podemos cejar en el propósito de introducir mejoras en los arreglos sociales existentes para adaptarlos a la solución de los problemas más urgentes.

La distinción real entre las ciencias físicas y biológicas y las sociales o históricas no está en que estas últimas dejan campo a los puntos de vista personales, en tanto que las primeras los evitan —a este respecto las diferencias son de grado— sino está en el hecho que las ciencias físicas y biológicas centran su interés en “leyes o hipótesis universales”, en tanto que las ciencias sociales se interesan por “eventos o hechos específicos” y por su interpretación como medio de elucidar los problemas humanos más urgentes.

La previsión de las consecuencias futuras de las acciones individuales o colectivas y de los efectos que resultan, intencionados o nó, de la acción de las personas, de las empresas, de las instituciones o del Gobierno, es una de las responsabilidades básicas de las ciencias sociales, si se desea evitar que el futuro sea resultado de la irracionalidad; o, en el mejor de los casos, una repetición del presente.

Si bien los problemas diarios, dice Popper, son personales, en gran parte, la construcción del futuro es necesariamente institucional.

El racionalismo crítico propuesto por Popper implica un análisis y discusión permanente de toda teoría, hipótesis o presunción, y permite eliminar las malas hipótesis y rechazarlas como erróneas, sin exterminar a sus autores o proponentes. Este es el logro mayor

del método crítico: permite reconocer la falsedad de las hipótesis y condenarlas sin condenar a los que las apoyan.

La tradición de la Economía Política clásica está sustentada en juicios valorativos. No dispongo del tiempo para comentar esta afirmación con amplitud. Por lo demás no es necesario hacerlo aquí. Recordemos sólo a Alfred Marshall, el ecléctico por definición y uno de los últimos exponentes de la economía política. (Marshall, *Principles*, Pág. 3/4).

“Debemos desprendernos de la creencia que la pobreza es necesaria”, dice Marshall. El estudio de las causas de la pobreza es el estudio de las causas de la degradación de una gran parte de la humanidad. La respuesta (a la pregunta de si es posible eliminar la pobreza) no corresponde en su totalidad a la ciencia económica; depende, en parte, de la capacidad moral y política de la naturaleza humana; pero, en gran medida, depende de hechos e inferencias que caen en la provincia de la economía: y es ésto lo que le da a los estudios económicos su principal y su mayor interés.”

<sup>1</sup> Confirma así Marshall en sus “Principios” lo que recuerda en sus memorias: “Mi vocación por los estudios económicos surgió al caminar por las calles y ver la miseria en las caras de la gente.” (Kelnes: *Essays in Biography*).

En cuanto a la consigna de “*laissez faire*”, Marshall afirma la tradición clásica; no acepta la posición de Bastiat:

“Que cada uno trabaje con todo su esfuerzo, expresa Marshall, pero que el gobierno más que todo se mueva para ejecutar aquel trabajo que es vital y que nadie, sino el gobierno puede hacer eficientemente.” (Cit. por L. Robbins de las “*Memorials of A. Marshall*”, Ed. Pigou, 1925).

Recordemos, ahora, en forma muy breve, la posición de los clásicos con respecto a la institución o mecanismo del mercado.

A quienes han leído “*La gran transformación*” de Polanyi, ese ejemplo insuperable de análisis histórico, no es necesario recordarles que el surgimiento de los mercados nacionales no fue, en manera alguna, un resultado de la emancipación gradual y espontánea de la esfera económica del control gubernamental. Muy por el contrario, se requirió una acción consciente y, a veces violenta, de parte de los gobiernos para imponer a la sociedad la organización del mercado.

En forma concomitante, y como contrapartida inevitable a la ampliación de la función del mercado —proceso que se acelera con la revolución industrial— las sociedades se protegen contra sus excesos con toda clase de salvaguardias,

La economía política se desarrolla en el ambiente sombrío de la revolución industrial; como consecuencia, los clásicos no tenían dudas respecto a las limitaciones del concepto de la autoregulación del mercado y de las consecuencias sociales de sus ajustes.

Es con la expresión matemática del equilibrio económico general —que inicia Waldras— cuando comienza a velarse la realidad social, para terminar por ser olvidada como objetivo principal del análisis.

Y lo que es más grave en sus consecuencias prácticas, el concepto del equilibrio general trasciende su necesaria función pedagógica, y sin reconocerlo los economistas formalmente, adquiere el carácter de un juicio valorativo: postula la armonía espontánea, impersonal, autorreguladora de los distintos factores ligados al sistema económico; pretende demostrar la distribución "óptima" de los recursos disponibles entre distintos usos alternativos y, como consecuencia, pretende probar que la distribución del ingreso es, igualmente, un óptimo, etc.

Se confirma así que los juicios valorativos ocupan un lugar destacado en el enunciado de teorías o en las recomendaciones de acción derivadas de modelos teóricos.

El mercado debe constituir un mecanismo muy importante en una organización democrática. Deseo agregar, al respecto, algunas opiniones. Para ser consecuente trataré de definir, en forma necesariamente muy esquemática, el tipo de sociedad que favorezco.

La democracia no debe concebirse como un sistema político que limita sus objetivos a la elección y reemplazo del gobierno y de los representantes políticos de los ciudadanos. La democracia es un proceso continuo de discusión y valoración de propósitos y alternativas y de exploración de los medios institucionales o normativos que parezcan más eficientes para alcanzarlos. Utiliza el método del racionalismo crítico: la argumentación, el análisis sistemático, la ponderación de los hechos, la experiencia a través del error, la superación de las posiciones extremas.

Democracia significa una organización jurídica e institucional que toma todos los resguardos necesarios para impedir que cualquier persona, grupo, asociación, empresa, sindicato, organismo estatal o el estado mismo, concentre tal cúmulo de poder, que exista la amenaza de una limitación de la libertad personal y mental, que me parecen indispensables para el desarrollo de la personalidad y para la marcha eficiente de la sociedad. Mi preferencia está por una sociedad en que los arreglos políticos y sociales aseguren una difusión del poder tan amplia como sea necesaria para garantizar que ningún grupo, empresa o persona, puedan abusar de ese poder, ya sea que su origen esté en la fuerza del número, en el control de

recursos económicos, en el carácter vital de los servicios que prestan, en el control de las armas o en el control de las instituciones políticas.

Sin un contrapeso de poderes suficientemente garantizado, no existe posibilidad de organización democrática, ni posibilidad de una operación eficiente de las instituciones económicas y culturales. Uso el término eficiente en el sentido de capacidad operacional para resolver problemas específicos de la comunidad.

La difusión amplia y adecuada del poder tiende a evitar su concentración excesiva en el gobierno; bastará que el estado tenga sólo el poder necesario para compensar aquél que se concentre en cualquier grupo de poder en un momento determinado. Se trata de evitar el poder excesivo o abusivo del propio gobierno elegido por la comunidad.

La libertad mínima necesaria para lograr arreglos sociales e institucionales operacionales, sólo es posible cuando ningún dirigente, facción o partido, ninguna mayoría circunstancial, ninguna repartición del estado, corporación, gremio, asociación profesional o sindicato pueda abusar de ese poder.

Para garantizar el éxito del sistema democrático es indispensable asegurar ese grado de libertad que deriva de la existencia de múltiples organizaciones, en cuya constitución y operación impera la misma difusión de poder que caracteriza al conjunto de la sociedad.

Estas condiciones para el éxito operacional de la democracia son ambiciosas; pero no deben considerarse utópicas. Será necesario, eso sí, un esfuerzo interdisciplinario continuo, del conjunto de las ciencias sociales, destinado a diseñar los arreglos institucionales indispensables para que esas condiciones se cumplan. El análisis económico debe tener un papel, tal vez preponderante, en esta tarea.

Sólo en un contexto democrático como el esbozado, cabe otorgar plena vigencia al mecanismo del mercado, y a su función importantísima de eliminar de la responsabilidad del gobierno y de las instituciones estatales, el mayor número de decisiones posibles.

Se ha dedicado mucho esfuerzo teórico al análisis de las condiciones en que el mecanismo del mercado podría lograr no sólo un ajuste o menos armonioso de expectativas sino una "distribución óptima de recursos". No puede sorprendernos que se haya llegado a la conclusión de que es muy difícil que esto ocurra. Además de los efectos derivados de la concentración de poder en sus distintas manifestaciones, basta recordar desde un punto de vista estrictamente técnico, si queremos olvidarnos de los costos sociales, el efecto de los impuestos a las personas y los bienes, las economías y deseconomías de escala, etc.

El mercado es un reflejo de la realidad social; expresa sus ajustes así como todos sus desajustes e incompatibilidades. Los deseos que se manifiestan en el mercado no son necesariamente expresión de la mejor distribución posible de los recursos utilizados. (Naturalmente, no puede expresar nada con respecto a los recursos que no se utilizan). Si los economistas no pueden aceptar este hecho como parte de un análisis y traspasan este problema a la responsabilidad de la sociología o de la ciencia política, están limitando gravemente sus posibilidades de acción práctica. Serán otros los expertos que tendrán que opinar sobre las limitaciones o refuerzos al "mercado", para lograr objetivos sociales que parezcan más adecuados a una convivencia democrática estable. La democracia necesita el mercado pero no puede dejarse dominar por el mercado.

Es un error considerar que la función del mercado es lograr un "óptimo"; su misión importante está en actuar como monitor que resume y difunde el resultado de las múltiples informaciones que pueden expresarse en determinadas circunstancias, para orientar la acción económica. Es un guía para la acción; pero no sólo para las personas o empresas, sino, igualmente, o tal vez con mayor razón, para los poderes públicos.

El mercado cumple una función fundamental en promover la satisfacción y conciliar las exigencias de las personas que pueden expresarlas. No debe ignorarse, sin embargo, los deseos de quienes no tienen posibilidad de expresión por razones involuntarias. Además, están los efectos indirectos, no intencionados y, en la mayoría de los casos imprevisibles, de las acciones económicas de personas o empresas. El mercado no puede compensarlas y se requiere la acción pública.

El mercado cumple una función de auto-regulación de las distorsiones o desequilibrios que afectan los intereses privados; en esta esfera, su papel es importante. El mercado no opera, sin embargo, cuando se trata de solucionar distorsiones o desequilibrios que escapan al interés de las personas o empresas (pobreza-polución-conservación de recursos naturales - provisión de servicios comunitarios).

El mercado expresa igualmente la irracionalidad en el uso de recursos. Surge aquí un problema de juicio valorativo que cada cual tiene que resolver en conciencia: Como lo expresa Galbraith, (*Affluent Society*):

"Nada marca más rápidamente a un individuo como incompetente en economía que su inclinación a observar la legitimidad

del deseo de disponer de más alimentación y la frivolidad del deseo de tener un automóvil más elaborado.”

Galbraith agrega:

“Es de esperar que ya no se crea que el sistema económico tiene tendencia a perfeccionarse a sí mismo; el desarrollo desequilibrado, la desigualdad, la innovación frívola y errática, el asalto al ambiente, la indiferencia a la personalidad, el poder sobre el estado, la inflación, las fallas en la coordinación interindustrial son parte del sistema y son parte de la realidad.”

El mercado forma parte del arreglo institucional necesario para garantizar la libertad personal; pero insistir que el mercado logra el “equilibrio”, que expresa un óptimo, no nos lleva muy lejos, en un mundo de grupos de poder, en que los costos sociales no se consideran y en que el poder público no puede desentenderse de los problemas de los grupos de bajos ingresos y de las víctimas del cambio económico.

Para mantener el mercado como expresión de hechos, y continuar utilizándolo como orientador de las acciones económicas, es necesario evitar los “controles”; se hace así más urgente penetrar a fondo en las causas que originan las distorsiones que se expresan a través del mercado, para basar la acción correctora, en aquellos casos en que el interés general predomina sobre el interés particular. Es necesario salvar al mercado de sus propias exageraciones y desajustes.

Los efectos del mercado sobre la distribución del ingreso es otro aspecto de una realidad que no debe considerarse inevitable. Se toca así el problema de los arreglos instituciones indispensables para asegurar la igualdad de oportunidades y compensar las desventajas que acompañan a un ambiente y a una educación inadecuados.

Los problemas de la infraestructura que son de responsabilidad del gobierno no son sólo los de carácter económico, sino con mayor razón los de tipo social.

Si uno considera los problemas derivados del desamparo y la miseria que subsisten incluso en países de gran desarrollo; la aglomeración de la población en las áreas urbanas, la acentuación de los contrastes sociales, la contaminación y el deterioro del ambiente, y no es necesario continuar en esta conocida descripción, se puede presumir que habrá una tendencia hacia una mayor intervención de los gobiernos en la solución de los problemas que genera el mercado, como expresión de las decisiones de personas y empresas, que es una disminución de esa responsabilidad.

Para los economistas, sociólogos, educadores y psicólogos subsiste, por lo tanto, un problema importantísimo. Su análisis merece la mayor dedicación de las universidades.

La sociedad moderna tiende a una centralización cada vez más acentuada, no sólo por razones bélicas, sino por aquella necesidad de administrar problemas económicos y atender aspectos de la realidad social, que tienen necesariamente un carácter nacional y colectivo. Surge el gran interrogante de si la estructura institucional de los gobiernos y de las demás autoridades comunitarias, es adecuada para administrar y dar solución a tales problemas.

¿Cuáles podrían ser los límites de la centralización para que no pierda eficacia? Si es necesario descentralizar parte de las decisiones colectivas, para dar paso a la participación democrática de los interesados en las decisiones, hay que definir las instituciones políticas de carácter geográfico o comunitario que asuman esa responsabilidad.

El tamaño de las organizaciones que administran problemas colectivos, es otro problema. De mayor importancia, posiblemente, es determinar si la centralización de decisiones envuelve, necesariamente, la centralización de las fases operativas, o si éstas pueden descentralizarse en variadas unidades institucionales autónomas.

Además, se debe definir si las actuaciones necesarias para ejecutar las decisiones colectivas adoptadas en forma centralizada o a través de unidades administrativas comunitarias, deberán ser responsabilidad de instituciones colectivas, o si se preferirá la intervención de unidades de carácter privado.

Finalmente, es necesario analizar cuidadosamente la eficiencia de los resultados, cuando la solución de problemas colectivos se entrega a una institución que opera adoptando el principio del comando centralizado, a través de un proceso jerárquico y utilizando un conjunto de reglamentaciones detalladas.

He aquí una labor inmensa a favor de la democracia, que debe ser acometida con la colaboración de todas las ciencias sociales, en un gran esfuerzo multidisciplinario.

La economía debe retomar la orientación que tuvo originalmente como Economía Política. Se requiere menos matemáticas y más corazón.